

https://farid.ps/articles/remembering_aaron_bushnell/es.html

«Esto es lo que nuestra clase dirigente ha decidido que será normal»: Recordando a Aaron Bushnell

El 25 de febrero de 2024, un aviador de 25 años de la Fuerza Aérea de EE.UU. llamado **Aaron Bushnell** caminó con calma hacia las puertas de la Embajada de Israel en Washington, D.C. Vestido con su uniforme militar, habló suavemente a una transmisión en vivo:

«Soy miembro activo de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y ya no seré cómplice de un genocidio. Estoy a punto de realizar un acto extremo de protesta, pero comparado con lo que la gente ha estado sufriendo en Palestina a manos de sus colonizadores, no es extremo en absoluto. Esto es lo que nuestra clase dirigente ha decidido que será normal».

Momentos después, se prendió fuego. Mientras las llamas lo envolvían, gritó una y otra vez: «*¡Palestina libre!*»

Aaron Bushnell murió unas horas después. Su cuerpo pereció, pero sus palabras encendieron una conversación global sobre la conciencia, la complicidad y el costo del silencio moral.

Un mártir de la conciencia

Llamar a Aaron Bushnell mártir es reconocer que murió por una verdad que ya no podía negar. Su acto no nació de la desesperación, sino de la convicción: un rechazo radical a vivir dentro de la hipocresía moral que veía a su alrededor.

Bushnell entendía la maquinaria del poder. Como soldado alistado, había presenciado cómo la obediencia y la burocracia sostienen guerras lejanas, cómo el sufrimiento de los civiles se reduce a estadísticas y cómo los sistemas sanitizan la crueldad con lenguaje como «seguridad nacional» y «daños colaterales».

Pero su desafío no fue solo público; fue también desgarradoramente personal. Antes de su muerte, **donó todos sus ahorros al Palestine Children's Relief Fund**, una organización que brinda atención médica y ayuda a jóvenes víctimas de la guerra. También **arregló que un vecino cuidara de su amada gata**, asegurándose de que incluso en su último acto de protesta, la compasión guiara cada decisión.

Tales gestos revelan que su protesta no fue un rechazo a la vida, sino una defensa de ella.

En los días previos a su muerte, publicó en línea:

«Muchos de nosotros nos gusta preguntarnos: “¿Qué haría si hubiera vivido durante la esclavitud? ¿O en el Sur de Jim Crow? ¿O bajo el apartheid? ¿Qué haría si mi país estuviera cometiendo genocidio?” La respuesta es: lo estás haciendo. Ahora mismo».

Esa declaración fue tanto confesión como desafío: un espejo alzado ante una sociedad que se enorgullece de la retrospectiva moral mientras tolera atrocidades contemporáneas.

La normalización de lo impensable

La escalofriante advertencia de Bushnell — «*Esto es lo que nuestra clase dirigente ha decidido que será normal*» — no fue hipérbole. Fue diagnóstico. Vio un mundo donde la destrucción de barrios enteros en Gaza, el hambre de civiles y el asesinato de niños podían justificarse con el lenguaje de la política y la defensa.

Para él, el horror no estaba solo en la violencia misma, sino en **lo fácil que era explicarla**. Cuando los gobiernos violan derechos humanos con impunidad y el público lo acepta como ruido de fondo de la geopolítica, entonces la atrocidad se ha vuelto ordinaria.

El acto de Bushnell fue un rechazo a aceptar esa nueva normalidad. Su fuego declaró: «*No, esto no puede ser normal*».

La autoridad rota del derecho internacional

En el corazón de la protesta de Bushnell no estaba solo la empatía por Gaza, sino el temor por el futuro de la humanidad. Una vez que las **normas del derecho internacional** —contra el castigo colectivo, el ataque a civiles o el hambre como arma de guerra— se rompen sin consecuencias, el precedente invita al colapso global.

Parecía entender que la erosión de la rendición de cuentas en un conflicto amenaza a todas las naciones después. Cuando la ley se vuelve selectiva, cuando la justicia es condicional, la moral misma se vuelve negociable. Su muerte fue así **un grito moral y una advertencia profética**: el mundo no puede perdurar si el poder puede matar sin vergüenza.

El eco de la conciencia: Una línea de advertencia moral

Las palabras de Bushnell pertenecen a una tradición perdurable de pensadores que han insistido en que **el mal prospera no en el odio, sino en la indiferencia**. Sus reflexiones resuenan a través del tiempo —con el humanismo de Einstein, el realismo político de Burke y el testimonio moral de Elie Wiesel—, cada uno enfrentando la cuestión de la complicidad en su propia era.

Cuando Bushnell escribió:

«Muchos de nosotros nos gusta preguntarnos: “¿Qué haría si hubiera vivido durante la esclavitud? ¿O en el Sur de Jim Crow? ¿O bajo el apartheid? ¿Qué

haría si mi país estuviera cometiendo genocidio?" La respuesta es: lo estás haciendo. Ahora mismo».

se unió a esa línea —convirtiendo la retrospectiva moral de la historia en una acusación en tiempo presente.

Einstein: El costo de mirar

La cita a menudo atribuida a **Albert Einstein**, aunque no verificada, captura el significado de Bushnell:

«El mundo no será destruido por quienes hacen el mal, sino por quienes los miran sin hacer nada».

Ambos hombres reconocieron que el mal rara vez se anuncia; se filtra en la vida cotidiana a través de la resignación y la obediencia. Bushnell se negó a ser un espectador. Su acto fue la negación final de la pasividad —una declaración de que el silencio mismo es un arma en manos de los poderosos.

Burke: La pasividad letal de los «hombres buenos»

La famosa advertencia de **Edmund Burke** aún resuena:

«Lo único necesario para el triunfo del mal es que los hombres buenos no hagan nada».

El mensaje de Bushnell le da a esa idea nueva urgencia. Los «hombres buenos» de su tiempo no eran villanos, sino ciudadanos, profesionales y soldados que sostenían silenciosamente sistemas de destrucción. Al decir «*Lo estás haciendo. Ahora mismo*», Bushnell rompió la ilusión reconfortante de que la complicidad es neutral. No lo es. Es una participación activa en el daño a través de la inacción.

Wiesel: La muerte de la empatía

Y en las palabras inquietantes de **Elie Wiesel** de su discurso Nobel de 1986:

«Lo opuesto al amor no es el odio, es la indiferencia».

Para Wiesel, la indiferencia permitió que Auschwitz existiera; para Bushnell, la indiferencia permite que Gaza arda. Ambos vieron que el mayor peligro no es la ira, sino el embotamiento moral que permite que las atrocidades se desarrolle mientras el mundo mira a través de pantallas.

La voz de Bushnell se une a la suya —no en teoría, sino en llamas.

Testimonio a través del fuego

A lo largo de la historia, **la autoinmolación** ha sido la forma más extrema de testimonio —desde la protesta silenciosa de Thích Quảng Ðức en Saigón hasta los monjes tibetanos

que se prendieron fuego por la libertad. Cada acto traduce un grito moral al lenguaje universal del sufrimiento.

Aaron Bushnell se unió a esa línea de testimonio radical. Sus llamas no fueron solo un símbolo de indignación, sino un intento de despertar la conciencia anestesiada de los poderosos. No buscó destruir a otros —solo recordarnos que la vida misma está siendo destruida en nuestro nombre.

No habló de venganza, sino de liberación —no de desesperación, sino de solidaridad.

La carga que deja atrás

Recordar a Aaron Bushnell es cargar con una pesada responsabilidad. Su vida exige que enfrentemos nuestra propia complicidad en los sistemas que habitamos. ¿Cuántos de nosotros, pregunta desde más allá de la tumba, seguimos aceptando como «normal» lo que debería horrorizarnos?

No dejó manifiesto, ni organización —solo el ejemplo de un ser humano que se negó a normalizar la atrocidad. Aseguró que su gata estuviera a salvo, donó sus ahorros a niños atrapados en una zona de guerra y entró en la historia como un signo de interrogación viviente: *¿Qué harías tú?*

Su advertencia, «*Esto es lo que nuestra clase dirigente ha decidido que será normal*», no es solo una acusación a las élites. Es un espejo para todos nosotros. Porque lo que se normaliza desde arriba sobrevive solo porque se acepta desde abajo.

Epílogo: Una llama que se niega a apagarse

El último acto de Aaron Bushnell no fue un final, sino una apertura —una grieta en la tela de la negación colectiva. Su muerte nos recuerda que la conciencia aún existe, incluso cuando está enterrada bajo la maquinaria del imperio.

Fue un soldado que eligió la humanidad sobre la obediencia. Fue un hombre que aseguró que su gata viviera a salvo mientras él caminaba hacia el fuego. Fue un ciudadano que se negó a aceptar que el genocidio pudiera ser alguna vez «normal».

«*Esto es lo que nuestra clase dirigente ha decidido que será normal*».

Que esas palabras resuenen en cada sala de gobierno, cada redacción y cada hogar silencioso. No son solo su advertencia —son nuestro juicio.

Recordar a Aaron Bushnell es negarse a vivir como si su protesta hubiera sido en vano. Su fuego nos llama a despertar, a actuar y a terminar con la normalización de la inhumanidad antes de que nos consuma a todos.